

F 7  
147

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA \* AÑO XX \* 1943-1944

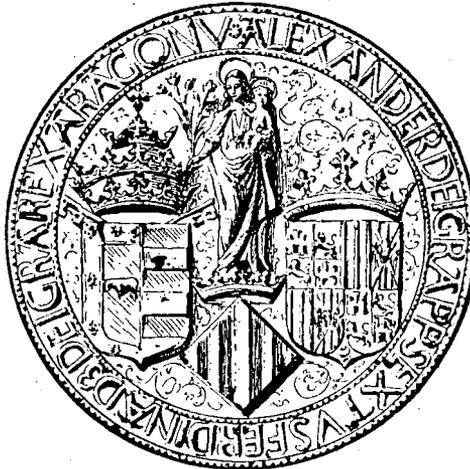
# DISCURSO

LEÍDO POR EL JEFE DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DEL S. E. U.

CAMARADA

RAFAEL CEREZO ENRIQUEZ.

EN LA SOLEMNE APERTURA  
DEL CURSO ACADÉMICO 1943-1944



VALENCIA - 1943

IMPRENTA HIJO DE F. VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 8



D. 1.274.795  
L. 1.274.822

$\mathcal{A} = 26.553 =$

EXCMOS. SEÑORES.

CAMARADÁ JEFE PROVINCIAL.

CAMARADAS.

**O**TRA vez el principio de una nueva etapa nos congrega con motivo de la solémne y trascendental apertura del curso académico 1943-44. Voy a dirigiros la palabra y hablaros como creo debe hacerlo un universitario falangista.

Quiero ante todo marcar mi posición sincera de católico, español, falangista y universitario y que todo el mundo sepa que aquellas cosas que a lo largo del discurso de apertura exponga, son debidas siempre al espíritu que debe corresponder a mi condición.

Una gran variación se ha realizado en la Universidad española; una ley falangista, la Ley de Ordenación universitaria, ha sido aprobada por las Cortes debido al esfuerzo infatigable de nuestro Ministro de Educación Nacional y al de nuestro Jefe Nacional con la masa universitaria que le sigue incondicionalmente. Desde los días de Alejandro Salazar y Matías Montero, he aquí camaradas, recogidos en una ley del Caudillo, los principios propugnados por el S. E. U. Muchos de los puntos de la actual ley de Orde-

nación habían sido solicitados por nuestro Sindicato en su primer Consejo Nacional, que en abril de 1935 se celebró bajo la presidencia de José Antonio.

Es natural, pues, esta alegría que nos embarga al ver transformada por fin nuestra vieja Universidad, en una Universidad digna del Estado Nacional-Sindicalista que propugnamos. Pero no es la nuestra, una alegría irreflexiva, reconocemos y justipreciamos la responsabilidad que sobre nuestros hombros recae. Ahora bien, el reconocimiento de esta gran responsabilidad no significa que nos asuste el asumirla, porque entendemos el mando como puesto de servicio y sacrificio y cuanto más difícil sea su desempeño y más sacrificio nos exija, más orgullosos nos encontramos de desempeñarlo. Tenemos una ley que nos reconoce como falangistas dentro de la Universidad y exige de nosotros que inculquemos el espíritu de nuestro Movimiento en todos los universitarios afiliados obligatoriamente bajo nuestra bandera. Es en una palabra, nuestra sindicación obligatoria, es el haber encuadrado el total de los universitarios españoles y es a la vez grande la responsabilidad porque a estos universitarios españoles, muchos de ellos apartados por falsedad de conceptos los unos y por comodidades ajenas a todo falangista los otros, tenemos que atraerlos enseñándoles la exactitud de nuestra doctrina y la pureza de nuestro Movimiento. Los que nos reconozcan buena fe y vengan a nosotros confiados y con alegría nos encontrarán con los brazos abiertos de camaradas; pero aquellos que sistemáticamente muestren su oposición a nuestra manera de ser y pensar, encontrarán en nosotros la más enérgica defensa de las atribuciones que la ley nos otorga.

Parte primordial de nuestra labor en la Universidad han de ser los Delegados de Centro y los Delegados de Curso,

mandos que directamente tienen a sus órdenes a todos los afiliados al Sindicato. Es importante que nos demos cuenta de la trascendental tarea que se impone a estos mandos; son ellos los que han de velar porque los afiliados adquieran y muestren su fervor falangista, ellos quienes en contacto directo con la masa universitaria, han de cuidar de que las directrices emanadas de la superioridad sean cumplidas con todo el rigor de la exactitud que impone el estilo de la Falange; han de ser ellos quienes con su manera de expresarse y con su actuación en cada momento convencen primero y arrastren después a los remisos hacia la tarea que nos hemos impuesto y que por desgracia muchos universitarios siguen ignorando. Los Delegados de Centro y de Curso tienen una labor misional que realizar y es la de ganar para el S. E. U., la Falange y España a esa colección de cuerpos sin alma y viejos de 20 años que por inercia permanecen aún sordos a nuestras llamadas.

El Jefe del Distrito Universitario forma parte de la Junta de gobierno de la Universidad. Por ley tiene su opinión, fuerza en la misma. Es, junto con los Decanos y las demás autoridades académicas; uno de los hombres a quienes está encomendada la labor de asesorar al Rector en la dirección de la Universidad. Ya no es el S. E. U. un organismo al margen de la Universidad, nuestro Sindicato es algo más que una asociación protectora de la clase escolar, es algo más que una asociación política en permanente rebeldía, es una de las piezas esenciales de que se compone la nueva Universidad, y la voz de los estudiantes, no la algarera e irresponsable de los barullos liberales, sino la trascendente y disciplinada de los estudiantes en la Junta de Gobierno, se dejará oír en la misma volcando en ella inquietudes hasta ahora desconocidas.

En el discurso de apertura del pasado año dije que queríamos una Universidad falangista, y que para conseguirlo y poder exigir que nuestros catedráticos lo fuesen también, era necesario que los universitarios ingresasen íntegramente en nuestras filas. Y ahora forzosamente habrá de ser así; todos los universitarios tendrán que ser falangistas porque los formamos nosotros en la enseñanza y disciplina del S. E. U. Ahora, pues, habrá llegado el momento de exigir también con voz clara y enérgica que nuestros catedráticos, que tienen por misión la sublime de enseñar, enseñen a nuestros jóvenes camaradas a ser españoles, a querer y amar a España. Porque de nada servirían nuestros esfuerzos por inculcar en cada uno de nuestros compañeros el espíritu de la Falange si luego un gesto burlón, un ademán despectivo o una explicación capciosa, reforzadas por el prestigio de la cátedra derribaran en un momento lo construido por nosotros durante mucho tiempo.

No nos vanagloriamos de las facultades que nos concede la nueva Ley, sino que utilizándolas de acuerdo con nuestra manera de ser, lograremos conseguir que la Universidad española sea lo que por su raigambre y por su historia merece. Queremos devolver a la Universidad toda la grandeza que por su tradición y por sus virtudes le corresponde. Queremos evitar a toda costa que los tesoros legados por la Universidad española del Imperio, sigan malversándose como hasta no hace mucho se ha venido haciendo. Arraigaremos en el ambiente de nuestra Universidad todo el españolismo de nuestra tradición e impediremos que el «snob» extranjerizante infiltre su ñoña estupidez entre nosotros. No quiere esto decir que pretendamos regresar al siglo XVI, resucitando antiguos estados de privilegio, como algunos

cortos de vista podrían entender. No deseamos encerrar a piedra y lodo nuestro patrimonio universitario, ni queremos tampoco vivir alimentándonos de recuerdos. Queremos apoyarnos en el pasado para proyectarnos sobre el futuro y tener nuestro acicate en las Universidades de Alcalá y Salamanca para superar a las, por hoy, mejor dotadas extranjeras.

No queremos minorías dentro de la Universidad, queremos que toda la Universidad sea una minoría al servicio de España y queremos que a esta minoría le sea otorgado en un mañana próximo el mayor sacrificio, el del mando, el de regir los destinos de nuestra Patria por los derroteros de la Revolución. Podía hablarse de una minoría en la Universidad en los tiempos anteriores, por cuanto una gran parte de los universitarios permanecían oficialmente al margen de la Falange. Pero ahora, cuando todos, absolutamente todos los estudiantes han de estar encuadrados en la disciplina del Movimiento, es intolerable consentir que uno sólo de ellos vege al margen de nuestras ideas. Tenemos la misión de formarnos en estos claustros para tomar parte más tarde con nuestros conocimientos en la vida nacional y no podemos tolerar que en la Universidad se incuben enemigos, o lo que es aún peor, indiferentes, para luego entregarlos como un veneno a la nación.

Es necesario y de vital importancia para nuestra Patria, el que todos los universitarios al dejar los claustros, puedan ocupar un cargo de mando y responsabilidad en el gran ejército sindical que ha de ser España. Nos achacarán nuestros enemigos que cuando se sale de la Universidad todavía se es joven e inexperto para poder desempeñar un cargo de importancia, pero en esta juventud precisamente tan atacada por muchos, reside nuestra nobleza, nuestra lealtad y nues-

tra intransigencia; se dice que no comprendemos, que no sabemos amoldarnos a las circunstancias y precisamente en esto reside nuestro estilo, en no querer nada que signifique tergiversación de nuestra doctrina. Solamente se puede ser transigente cuando no se está convencido de la verdad de lo que se defiende. Quien tiene la absoluta certeza de no errar, no puede transigir.

Y de esta manera, utilizando nuestra juventud al servicio de España, no dudando ni un solo momento en ofrecer nuestra sangre cuando Franco así lo requiera, no descansando ni vacilando nunca en el cumplimiento de nuestro deber, conseguiremos nuestra Revolución.

Levantamos nuestra juventud como nuestra mejor bandera de combate, tenemos un alma limpia y un corazón puro y por lo tanto actuaremos siempre de acuerdo con ellos.

Están muy equivocados los que nos echan en cara nuestra juventud y nuestra inexperiencia, si creen que con ello nos ofenden. Nosotros nos sentimos muy orgullosos de nuestro ímpetu que ellos califican con una sonrisa bondadosa de arrebató juvenil y de nuestra insobornabilidad, a la que ellos llaman inexperiencia.

A nuestro Rector, máxima jerarquía de la Universidad en el Distrito Universitario, le prometemos en este día solemne una disciplina íntegra, absoluta, falangista y una colaboración íntensa, porque así lo exige el bien de la Universidad que es el bien de España.

Tendrá en nosotros soldados que colaboren con él, no golfillos algareros que se preocupen más de su alegría inconsciente, que de la labor política y profesional que les está encomendada en la Universidad. No quiero decir con esto que hemos de desterrar la alegría de estos claustros.

El universitario falangista ha reído cara a la muerte y ha cantado en el combate con el fusil entre sus manos tantas veces, que hoy hace ya de su alegría el mejor baluarte de su entereza. Lo que queremos desterrar para siempre de la Universidad, es esa alegría inconsciente propia de tiempos liberales que por tan malos derroteros nos ha conducido. Queremos que el universitario sea alegre, pero que al lado de esa alegría sienta la conciencia de su deber y la trascendencia de la enorme tarea que le está encomendada. Los barullos, faltas a clase y demás desórdenes, no dan a la Universidad un tono alegre, sino un aspecto trasnochado y absurdo que nada tiene que ver con la jovialidad.

Y si estas consideraciones no bastaran para mantener el tono de la Universidad en un plano más trascendente, sensato y laborioso, sería razón más que suficiente el recuerdo de los que han caído y siguen cayendo en las heladas orillas del río Wolchow. Muchos de vosotros habéis convivido con ellos en jornadas durísimas y les habéis visto caer bajo la misma metralla que en alguna ocasión mordió también vuestra carne. Cuando penséis en ellos, camaradas, veréis como os parece pequeño el sacrificio que se os pide comparado con el que ellos voluntariamente realizan, y recordad también que sin su sacrificio y el de sus camaradas de armas no subsistirían ni nuestra religión ni nuestra Universidad, ni nuestra cultura. Está costando demasiado cara la protección de estas tres cosas, para que nadie se permita el lujo de jugar con ellas.

Ya tenemos camaradas a la Universidad convertida en una unidad del gran ejército sindical de nuestra Patria. Lo que solicitaba yo el año pasado desde este mismo sitio está ya cumplido.

El comienzo del curso académico nos trae ahora una

muchachada distinta de la que llenaba claustros y aulas hace nada más que unos años.

En la cara de la mayoría de los estudiantes pueden verse ahora las huellas del aire y del sol, del monte o de la playa. Las tareas se suceden y tras la labor del curso, las juventudes del S. E. U. se desparraman por la querida geografía de España para vivir al aire libre y bajo las estrellas en las noches claras, unas jornadas de preparación militar o política al servicio de la Patria, durante las cuales se han sentido muchas veces en lo más hondo de las entrañas la alegría de que España ha de resurgir. Y estas juventudes que durante este verano han aprendido a amar a España con el fusil en las manos capacitándose militarmente para cuando llegue el momento de defenderla o hacerla imperial, estas juventudes, camaradas, son las que durante el curso que hoy se inauguran van a desempeñar las tareas escolares. Estoy seguro, que en las horas de puesto, bajo el ardiente sol del sur y frente a las costas de Africa y del Peñón de Gibraltar, una emoción intensa os habrá invadido con el ansia de reivindicar para España sus esplendores imperiales de antaño; y este recuerdo de vuestra vida de camaradería en el campamento, ha de ser vuestro acicate en el desarrollo de vuestras funciones de escolar en la Universidad.

Dentro de breves momentos, los camaradas que empiezan su vida universitaria prestarán juramento ante nuestro Rector y les será entregada la cartilla de identidad y el emblema de nuestro Sindicato. Pensad camaradas de primer curso, lo trascendental de este momento. Venís a formar parte de la Universidad española, y en el momento de vuestra entrada os comprometéis a servirla y a cumplir con vuestros deberes universitarios, porque de esta manera engrandecéis a España. En ese momento solemne que acuda a

## DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

vuestra memoria lo que conoceréis por referencias, aquellos camaradas de la época fundacional que tan sólo hace siete años luchaban en los claustros por conseguir lo que ahora se os entrega. Muchos de ellos cayeron en el frente o en la cárcel con el pensamiento puesto en la Universidad falangista que soñaban. Que ellos desde los luceros se sientan orgullosos de vuestra generación que empieza a vivir la Universidad en el curso en que por ley de nuestro Caudillo se ha hecho falangista. Y como última frase del discurso de apertura, quiero, camaradas universitarios, repetiros la frase de ritual en la jura de bandera de nuestros bravos soldados: «servid a España y a su Caudillo hasta la muerte; si así lo hacéis que Dios os lo premie, y si no, que os lo demande».

Por Franco, ¡Arriba España!

